

CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2020-2021

SAL Y LUZ

*«Vosotros sois la sal de la tierra,
vosotros sois la luz del mundo»*



FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2020-2021

SAL Y LUZ

*«Vosotros sois la sal de la tierra,
vosotros sois la luz del mundo»*

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

PORTADA: Pentecostés. Pietro del Po. S. I. Catedral Primada.
Edita: Arzobispado de Toledo.
Dep. legal: TO 213-2020.
Toledo, 2020.

SUMARIO

I. UN PLAN PASTORAL DIOCESANO AL SERVICIO DE LA EVANGELIZACIÓN EN ESTOS MOMENTOS DE CRISIS

¿Qué sentido tiene hacer un plan pastoral?

Sencillez y actualidad de los objetivos en el contexto una sociedad complicada

Conocer y aplicar los objetivos concretos de nuestro Plan Pastoral

II. LECTIO DIVINA DEL EVANGELIO ECLESIAL DE SAN MATEO

Las claves del Evangelio de san Mateo en nuestro último curso del Plan Pastoral

Lectio Divina para la oración personal y para compartir en grupo

III. CUATRO PUNTOS PARA PONER EL ACENTO EN ESTE CURSO

Evangelizar con corazón a los más pobres

El Año Jubilar de Guadalupe

Escuela Diocesana de Oración

La importancia de la formación

IV. A MODO DE CONCLUSIÓN

SIGLAS

- EG FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013)
- EN PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975)
- GE FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate* (19 de marzo de 2018)
- GS CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual
- LG CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia
- NMI JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001)

*«Vosotros sois la sal de la tierra.
Mas si la sal se desvirtúa ¿con qué se la salará?
Ya no sirve nada más que para ser tirada afuera
y pisoteada por los hombres.*

*Vosotros sois la luz del mundo.
No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte.
Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo
del celémín, sino sobre el candelero, para que alumbre
a todos los que están en la casa.
Brille así vuestra luz delante de los hombres,
para que vean vuestras buenas obras
y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».*

(Mt 5, 13-16; cf. paralelos: Mc 4, 21; Lc 8, 16; 11, 33).

Mis queridos diocesanos:

1. En medio de las difíciles circunstancias que hemos vivido y aún estamos viviendo, por la terrible pandemia del coronavirus y las graves consecuencias sanitarias, sociales, económicas y políticas que está ocasionando, deseo dirigiros esta carta pastoral con todo el afecto de mi corazón para invitaros a afrontar en este momento concreto de nuestra historia, como Iglesia del Señor que peregrina en Toledo, nuestra urgente misión evangelizadora con valentía y audacia evangélicas y con profundo espíritu de comunión de la mano del último programa anual del Plan Pastoral Diocesano 2012-2021.

I. UN PLAN PASTORAL DIOCESANO AL SERVICIO DE LA EVANGELIZACIÓN EN ESTOS MOMENTOS DE CRISIS

2. Resulta evidente que un plan pastoral, un proyecto en común diocesano, no es por sí solo ni la solución ni la panacea para solventar todos los problemas que tenemos a la hora de la evangelización en nuestra tierra, más aún en un momento tan complejo como el actual. Lo explicaba acertadamente san Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*: «Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin Él. Sin Él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin Él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor» (EN 75). Sin embargo, no menos cierto es que un plan pastoral aporta organización y genera comunión, si sus objetivos e iniciativas se fijan en clave sinodal y a la luz del Espíritu. Contar con un instrumento de referencia que canalice las diferentes iniciativas diocesanas y parroquiales hacia fines comunes, unidos al Pastor y compartiendo ilusiones y desvelos, transforma la acción pastoral en nexo de unión y la hace más eficaz. La programación no puede sustituir la espontaneidad del soplo del Espíritu, pero el Espíritu también sopla a través de la programación pastoral conjunta.
3. Podemos afirmar que, en verdad, para que la Iglesia pueda realizar su misión evangelizadora con fidelidad a Jesucristo, la solución pasa por la santidad personal, pues la historia demuestra que los santos, los mejores hijos de la Iglesia, son los que nos ayudan a superar todas las crisis y dificultades en que se ve envuelta la humanidad. Pero la santidad en la Iglesia puede armonizarse a la perfección con los proyectos pastorales comunes, porque éstos no tienen más objetivo concreto que la aplicación del Evangelio en los momentos que nos toca vivir. En este sentido, conviene siempre recordar

esta frase de san Agustín: no existen tiempos ni buenos ni malos; existen los tiempos que nos toca vivir a cada uno y que, por ser los nuestros, son los mejores, porque nos podemos santificar en ellos, pues no nos faltarán medios en estos momentos para vivir el bautismo hasta las últimas consecuencias.

No en vano, la llamada universal a la santidad que hace el Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, se formula «a todos los bautizados» (cf. LG 40). Así nos lo ha recordado el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate*: «Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres madre, padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales» (GE 14).

4. Es lo que el Papa Francisco llama «los santos de la puerta de al lado» (GE 6), aquellos que viven la llamada a la santidad como «a lo tonto», pero que nos pueden ayudar y tienen mucho que enseñarnos. A este respecto, no olvidemos que la Iglesia celebra cada año la festividad de todos los santos, el 1 de noviembre, porque existen muchos más santos que los que están canonizados y propuestos oficialmente como referencia para todo el pueblo de Dios. Hay una «multitud» de ellos: muchos que conocimos y que dejaron una profunda huella en nuestra vida; otros que en la actualidad caminan a

nuestro lado y están dando su vida desde la familia y desde tantas realidades sencillas de lo ordinario de cada día: padres y madres, trabajadores incansables y entregados plenamente al cuidado y educación de sus hijos, catequistas abnegados, que buscan ayudar a sus catecúmenos a descubrir a Cristo y la belleza del mensaje cristiano, sacerdotes entregados al servicio de todos en lugares perdidos, en parroquias humildes, en barrios complejos, en el mundo rural, en capellanías de hospital o en residencias de mayores o dando la vida en otros lugares nada fáciles para la evangelización, religiosos y religiosas, de vida activa y contemplativa, que velan y se desvelan por nosotros. Estos son algunos ejemplos bautizados que, desde la sencillez, actúan como «sal de la tierra y luz del mundo».

¿Qué sentido tiene hacer un plan pastoral?

5. Quizá a muchos les asaltan estas dudas: ¿No estamos hartos de teorías, de planificaciones, de reuniones, de coordinaciones? ¿No es más sencillo el Evangelio? ¿No es mejor que cada uno haga «lo que quiera», según le inspire el Señor, por su cuenta, y todos en paz? ¿No se nos van las fuerzas en querer organizar multitud de iniciativas, cuando tenemos tantos problemas graves y acuciantes? ¿No existe el riesgo de que los proyectos pastorales sean como el árbol que no nos deja ver el bosque?

Es legítimo que nos cuestionemos el sentido de cuanto hacemos. Pero ello no ha de impedir reconocer una realidad: un plan pastoral es el Evangelio vivido hoy por todos en este momento y en este lugar concreto donde estamos con el fin de ser más fecundos en nuestra misión. Nos ayuda a saber que formamos parte de una gran familia, del pueblo de Dios, de una Iglesia diocesana y universal que, por tanto, es acogedora de los «los gozos y las esperanzas» de los hombres y mujeres (cf. GS 1), que nos gritan que les llevemos el tesoro que es Jesús vivo y resucitado, con su Corazón abierto. Ese grito, quizá silencioso y anónimo, de nuestros contemporáneos nos llama a que dejemos nuestras distracciones, en ocasiones tan

mundanas y que tantas veces nos pasan factura, cuando vemos que son muchos los que se alejan de nosotros y no hacemos nada. Sin caer en insanas culpabilidades por nuestra parte, sí debemos ser conscientes de ello y actuar responsablemente, hacer los deberes, lo que nos toca a cada uno de nosotros. A partir de ahí, todo lo demás es confiar, como María, que experimenta que «para Dios, nada hay imposible» (cf. Lc 1, 37). No olvidemos que la llamada del Señor es siempre personal, pero que la misión se realiza en comunidad, como Iglesia en salida, desde la fraternidad; no podemos hacer la guerra por nuestra cuenta. Necesitamos a los hermanos, necesitamos de la Iglesia. Todos nos necesitamos.

Esta certeza fue uno de los ejes del pontificado de san Juan Pablo II. Iniciamos nuestro nuevo curso pastoral precisamente cuando estamos celebrando el centenario de su nacimiento, a cuya conmemoración nos unimos desde el recuerdo emocionado de su visita a nuestra Archidiócesis el 4 de noviembre de 1982: a nuestra ciudad de Toledo, al Polígono, a la Catedral Primada, a nuestro Seminario diocesano y también al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe.

Todos los años anteriores hemos contado con un santo de referencia al cual poder acudir e implorar, y en cuya vida y enseñanzas fijarnos especialmente a la hora de llevar a cabo nuestras acciones pastorales. En esta ocasión, es precisamente San Juan Pablo II a quien proponemos como guía. Que con motivo de esta efeméride nos dejemos ayudar por su ejemplo de vida y sus grandes y perennes enseñanzas en este curso pastoral.

6. En este curso pastoral partimos de donde estamos, continuando la andadura pastoral abierta hace ya más de nueve años. Como ya he afirmado en muchas ocasiones durante estos primeros meses como Arzobispo de Toledo, mi deseo es continuar la extraordinaria labor desarrollada por nuestro querido Arzobispo emérito, don Braulio Rodríguez Plaza, en el desarrollo del Plan Pastoral que vamos a concluir este curso. Un Plan que fue elaborado, me consta, con metodología

sinodal, con una amplia participación de las distintas realidades diocesanas y bajo el impulso del Consejo Pastoral Diocesano; un Plan que ha dado y sigue dando frutos palpables y otros que no vemos o que no nos corresponderá recoger. Lo importante es que de verdad nos lo creamos, especialmente, como decimos de manera coloquial, «con la que está cayendo». Por eso, nuestro Plan para este curso no cambia en las líneas fundamentales que estaban ya previstas en torno al tema del diálogo con la cultura y con la sociedad; es más, considero que la nueva realidad que nos ha dejado la pandemia del coronavirus dota de mayor actualidad los objetivos que teníamos fijados, porque presentar al mundo a Dios, en diálogo con la cultura de nuestro tiempo, es necesario y urgente. Sí creo, sin embargo, que los efectos que está produciendo a nivel social han de centrar nuestros mejores esfuerzos, situándonos al lado de los más pobres.

7. La crisis que ha generado esta pandemia nos hace descubrir hasta qué punto es frágil la humanidad y superficial nuestro sistema de vida y cuán vulnerables somos cada uno de nosotros. Como afirmaba el papa Francisco en el inolvidable momento de oración del pasado 27 de marzo en la Plaza de San Pedro del Vaticano, «densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. (...) La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades».

También somos frágiles y vulnerables nosotros, hombres y mujeres de fe de la diócesis de Toledo. Lo es igualmente la misma Iglesia, a la vez santa y pecadora, que con sus miedos y sus grandes aciertos quiere caminar, codo a codo, junto a nuestros hermanos y acompañarlos en sus anhelos y necesidades. Creemos de verdad

que juntos somos más fecundos, que todo cuanto nos queda por vivir o hacer, ante la crisis actual o ante otras que puedan venir en el futuro, o lo hacemos en comunión o las dificultades cada vez serán más serias y nuestra labor evangelizadora más pobre y limitada. Hay que trabajar juntos si queremos que el «virus» no enferme más nuestros corazones, que tienden siempre al individualismo. Es más evangélico y fecundo hacer menos cosas, pero juntos, que ser una máquina de actividades inconexas. Por eso también es importante poder contar con nuestro Plan Pastoral.

Sencillez y actualidad de nuestros objetivos en el contexto de una sociedad complicada

8. No creamos que todo consiste en hacer. Como me decía un sacerdote con mucha gracia: «no sé si a las almas las convertimos, pero hacemos tantas cosas que, por lo menos, las agotamos». El éxito no siempre es fecundo y la fecundidad muchas veces llega desde la cruz del fracaso.

Este tiempo delicado que estamos viviendo, en el que prácticamente toda la humanidad ha estado o sigue estando confinada en sus casas, con dificultades sanitarias, con relaciones sociales limitadas, con graves situaciones de paro, con polarización política, nos lanza a vivir como Iglesia con sencillez y austeridad, porque puede que en esto nos juguemos la eficacia evangelizadora. Hemos de ser coherentes con el Evangelio y actuar con valentía. Tendremos todos que «apretarnos el cinturón». Tendremos que hacer un esfuerzo evangélico de austeridad pensando en los más pobres, privarnos de parte de lo que tenemos para compartir con quienes más lo necesitan y, sobre todo, descubrir juntos que la mayor fecundidad de nuestra vida siempre se ha dado cuando hemos partido de nuestras pobreza y limitaciones. Junto con ello, habremos de aumentar nuestro compromiso de salir de nuestras realidades eclesiales para acompañar a cuantos sufren y para tratar de transformar las estructuras generadoras de ese sufrimiento.

9. Una sociedad en cuarentena es una sociedad clausurada. En ella, ante un confinamiento forzado, toda persona pierde su singularidad por cuanto que ha de renunciar a parte del ejercicio de su libertad, y se vuelve vulnerable ante el futuro. La situación empuja con más fuerza aún hacia el aislamiento y el individualismo que imperan en el contexto actual, y aumenta la ruptura de los lazos de fraternidad y la polarización de las relaciones sociales.

Como Iglesia, no podemos «quedarnos en casa», no podemos permanecer al margen. Nuestra misión continúa siendo construir puentes. Es cierto que, de algún modo, nuestra casa es espacio de protección, en el que nos sentimos seguros. Sin embargo, en tanto que Iglesia, seguimos estando llamados a hacernos presentes, a través de los distintos medios con los que contamos, en los sufrimientos de cuantos están a nuestro lado. Hemos de compartir con ellos el tesoro de la fe, que nos ofrece la certeza del amor personal y personalizado de Dios. Así debe ser siempre, pero más aún en un contexto en el que un pequeño virus ha paralizado nuestras vidas, a nivel personal y social. Despreciar a Dios y vivir como si no existiera nos había conducido a eludir todo lo referido al sufrimiento y la muerte. Nos creíamos eternos. Uno y otra, sufrimiento y muerte, parecen haber vuelto de repente, mostrándose implacables con todos, pero afectando de forma distinta a unos y otros. Efectivamente, como siempre, quienes más están sufriendo son los más vulnerables: enfermos y ancianos, pobres y marginados socialmente. Ellos han de ser nuestros predilectos.

Esta pandemia ha acelerado no pocos de los problemas que ya teníamos como sociedad: la crisis económica, la polarización política, el drama de la inmigración, la fractura social. Como Iglesia, también nosotros debemos acelerar nuestras respuestas. Lo hemos hecho durante la cuarentena y hemos de continuar haciéndolo para ofrecer lo mejor que somos y tenemos a quienes más nos necesitan.

En este sentido, no podemos olvidar que nuestra fe es, en esencia, diálogo. Diálogo con Dios, pero también diálogo el mundo, con los hombres y mujeres que están a nuestro lado, con la cultura. La

palabra cultura procede del latín «cultus» y significa aquello que se cultiva. De manera resumida, puede afirmarse que la cultura occidental es la suma de la Grecia clásica, de las religiones judía y cristiana y de la Ilustración, y tiene su esencia en la búsqueda de la verdad en ejercicio de la libertad desde la razón y la fe. El Papa emérito Benedicto XVI ha insistido reiteradamente en la necesidad de buscar el equilibrio entre una y otra: la fe permite a la razón desempeñar mejor su cometido; la razón ayuda a mostrar el rostro humano de la fe.

10. Pero, ¿cómo dialogar con quienes desprecian abiertamente la fe y, en ocasiones, incluso a quienes la profesamos? ¿Cómo presentar a Dios a aquellos que no quieren ni oír hablar de Él? La respuesta a esta pregunta no está en nosotros, sino en Dios mismo, en profundizar en aquello que Dios nos pide. Evangelizar no consiste en crear cultura. El cristianismo, los cristianos, han sido y siguen siendo generadores de cultura no porque sean o se consideren a sí mismos como «creadores de contenidos culturales», sino como consecuencia de su búsqueda personal de la Verdad y la Belleza. Es la búsqueda de Dios, desde la fe y la razón, a través del arte, de la filosofía, de la ciencia, lo que ha permitido llegar a la cultura que llamamos Occidente.

Nosotros creemos en un Dios que nos ha hecho a su imagen y semejanza, pero libres. Un Dios al que podemos descubrir por medio de la fe, pero también a través de la razón. Un Dios que nos ha enviado a su hijo Jesucristo, la razón encarnada, el Logos, para que podamos conocerlo y amarlo. Un Dios que no se muestra sólo al Pueblo de Israel, sino que con Jesucristo se ha abierto a todos los pueblos, confiando a la Iglesia la misión de evangelizar y celebrar la fe. Un Dios que ha dejado inscrita una huella imborrable en el corazón de cada persona. Tenemos fe y esa fe es la que ofrecemos a todos. Benedicto XVI lo ha afirmado magistralmente: la fe es una forma de posicionarse el ser humano en el conjunto de la realidad visible e invisible. Cuando en el credo afirmamos nuestra fe, no

decimos simplemente «creo», sino que precisamos: «creo en Ti». La fe, por tanto, es encuentro con Jesús, que da pleno sentido a nuestra vida y al mundo (*Fe y Ciencia. Un diálogo necesario*).

Nuestro modelo de diálogo, en este sentido, ha de ser el de san Pablo en Atenas (Hch, 17). No llegó y se quedó encerrado bajo cuatro paredes esperando a que los no creyentes fueran a escucharlo. Al contrario, como nos explica el Papa Francisco, «esta ciudad, que vivía a la sombra de antiguas glorias a pesar de la decadencia política, aún conservaba la primacía de la cultura. Aquí el Apóstol ‘estaba interiormente indignado al ver la ciudad llena de ídolos’ (Hch 17,16). Sin embargo, este «impacto» con el paganismo, en lugar de hacerlo huir, lo empuja a crear un puente para dialogar con esa cultura. Pablo decide familiarizarse con la ciudad y así comienza a frecuentar los lugares y las personas más significativas. Va a la sinagoga, símbolo de la vida de fe; va a la plaza, símbolo de la vida urbana; y va al Areópago, símbolo de la vida política y cultural. Conoce a judíos, filósofos epicúreos y estoicos, y muchos otros. Trata con toda la gente, no se encierra, va a hablar con toda la gente. De este modo, Pablo observa la cultura y observa el ambiente de Atenas ‘desde una mirada contemplativa’ que descubre ‘al Dios que habita en sus hogares, en sus calles y en sus plazas’ (Evangelii gaudium, 71). Pablo no mira a la ciudad de Atenas y al mundo pagano con hostilidad, sino con los ojos de la fe. Y esto nos hace cuestionar la forma en que vemos nuestras ciudades: ¿las observamos con indiferencia? ¿Con desprecio? ¿O con la fe que reconoce a los hijos de Dios en medio de las multitudes anónimas? Pablo elige la mirada que lo lleva a abrir un resquicio entre el Evangelio y el mundo pagano. En el corazón de una de las instituciones más famosas del mundo antiguo, el Areópago, realiza un ejemplo extraordinario de inculturación del mensaje de la fe: anuncia a Jesucristo a los adoradores de ídolos, y no lo hace atacándolos, sino haciéndose «pontífice, constructor de puentes’». Ciertamente, no fue sencillo. Como nos explica el Santo Padre, «la palabra de Pablo, que hasta entonces había mantenido en suspenso a sus interlocutores –porque era un descubrimiento interesante–,

encuentra un escollo: la muerte y resurrección de Cristo parecen una «necedad» (1Cor 1,23) y suscitan burlas y escarnio. Pablo entonces se aleja: su intento parece haber fracasado, y en cambio algunos se adhieren a su palabra y se abren a la fe. Entre ellos hay un hombre, Dionisio, miembro del Areópago, y una mujer, Damaris. También en Atenas el Evangelio arraiga y puede correr a dos voces: ¡la de aquel hombre y la de aquella mujer!» (*Audiencia general del 6 de noviembre de 2019*).

Este ejemplo debe animarnos en nuestro diálogo con la cultura actual. No todo será fácil. Al contrario, puede que seamos despreciados, calumniados, ignorados. Pero esa es nuestra misión, evangelizar es a lo que estamos llamados.

11. La situación que estamos viviendo, providencialmente, dota de máxima actualidad los objetivos del programa anual de este año, centrados en el diálogo con Dios y con el mundo. La pandemia ha hecho resurgir en todos nosotros dudas e inquietudes que estaban como dormidas; al mismo tiempo, ha transformado nuestros hogares en Iglesias domésticas e improvisadas escuelas de oración compartida; hemos podido hacernos presentes y redescubrir numerosos tesoros artísticos que tenemos en nuestros templos al unirnos a la Eucaristía a través de «Youtube»; finalmente, ha fomentado el impulso de interesantes iniciativas evangelizadoras y de acompañamiento, abiertas a todos.

Son tres los grandes objetivos que nos proponemos para este curso, que encajan perfectamente con la realidad que estamos viviendo: ofrecer una propuesta cristiana a los temas de actualidad, desde el diálogo fe-cultura, para el servicio al hombre y a la sociedad; posibilitar un mayor conocimiento de Cristo a través del arte; y celebrar los misterios en clave de oración-uniión con Dios. Diálogo, encuentro, evangelización son los fundamentos del programa pastoral para este año, resumidos en una expresión que constituye una auténtica declaración de intenciones: La comunicación y el diálogo con Dios y con el mundo.

12. La crisis provocada por el coronavirus ha creado nuevos areópagos, nuevos espacios en los que poder anunciar a Jesucristo desde nuestra presencia en ellos y desde el ejercicio de la caridad. Una caridad que hemos de entender en sentido amplio, en su sentido auténtico, como nos ha enseñado Benedicto XVI: como caridad en la verdad. La Caridad, con mayúsculas, no está únicamente centrada en la promoción del ser humano de conformidad con su dignidad, sino también en el anuncio y el testimonio de la verdad, de Jesucristo, nuestro Señor.

Al mismo tiempo, ha evidenciado el potencial de los medios de comunicación para llegar a todos. Precisamente una de las líneas de acción vinculadas al primer objetivo de nuestro programa anual es la de consolidar la utilización, de forma planificada, de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías a nivel diocesano y parroquial para difundir la propuesta cristiana. No son pocos los medios con los que contamos en nuestras Parroquias, grupos y movimientos, para comunicar la buena noticia: revistas, hojas parroquiales, radios, páginas webs, redes sociales.... Canal Diocesano de Televisión y Radio Santa María de Toledo son espacios únicos, privilegiados, cuya labor es siempre eficaz a la hora de anunciar y proclamar la verdad, más aún en estos tiempos en los que las noticias falsas proliferan cada vez más. Así lo ha señalado el Papa Francisco cuando afirma que «necesitamos medios de comunicación capaces de construir puentes, defender la vida y abatir los muros, visibles e invisibles, que impiden el diálogo sincero y la comunicación verdadera entre personas y comunidades. Necesitamos medios de comunicación que puedan ayudar a las personas, especialmente a los jóvenes, a distinguir el bien del mal; a desarrollar juicios sólidos basados en una presentación clara e imparcial de los hechos; y a comprender la importancia de trabajar por la justicia, la concordia social y el respeto a nuestra casa común. Necesitamos hombres y mujeres con sólidos valores que protejan la comunicación de todo lo que puede distorsionarla o desviarla hacia otros propósitos».

Sin embargo, hemos de ser capaces de ir más allá. Así nos lo pide el Santo Padre: «La comunicación, lo sabemos, no es meramente una cuestión de competencia profesional. Un verdadero comunicador se dedica completamente al bien de los demás en todos los niveles, desde la vida de cada persona a la vida de toda la familia humana. No podemos comunicar verdaderamente si no nos involucramos personalmente, si no podemos testimoniar personalmente la verdad del mensaje que transmitimos. Toda comunicación tiene su fuente última en la vida de Dios Uno y Trino, que comparte con nosotros las riquezas de su vida divina y, a su vez, nos pide que, unidos en el servicio a su Verdad, comuniquemos ese tesoro a los demás» (*Mensaje del Santo Padre Francisco a la Conferencia de Medios Católicos patrocinada por la Asociación de Prensa Católica de 30 de junio de 2020*). Este ha de ser nuestro ideal.

13. Es el momento de que la Iglesia de la Archidiócesis de Toledo, desde el sencillo programa del Evangelio, fortalezca su compromiso y reafirme como su prioridad a los más pobres y necesitados, con el fin de dar respuesta a aquellos que cada vez tienen menos y acuden a la Iglesia, a las parroquias, a Cáritas, a las casas religiosas, tratando de salir de sus apuros. No dar la talla en estas circunstancias tan graves sería traicionar la esperanza de los que sufren. Por eso, resulta prioritario ayudarles, a través de los distintos centros de caridad con los que contamos, del Centro de Orientación Familiar, de acciones concretas de acompañamiento puestas en marcha por diferentes instituciones durante esta pandemia. Iniciativas como el proyecto «Estoy contigo» deben potenciarse en adelante para dar respuesta a la gente que ha quedado herida, sin duelo, destrozada por las situaciones que han vivido y viven y que acuden y seguirán acudiendo a nosotros, como siempre, para que seamos «buen samaritano». Habrá que potenciar o promover «centros de escucha», cuya labor en estos momentos es tan necesaria, especialmente este curso en el que centramos nuestra mirada en la llamada del Señor a ser «sal y luz» en la tierra.

14. Sal y luz. Ese es el lema para este curso pastoral: «Sois la sal de la tierra y la luz del mundo»; un lema ciertamente actual y muy apropiado para el momento presente, que nos evoca además el mensaje que quiso transmitirnos el Santo Padre Juan Pablo II en la homilía de la Eucaristía celebrada en el Polígono el 4 de noviembre de 1982, en el que afirmó lo siguiente: «En las palabras del Evangelio que hemos proclamado, Cristo mismo pone en evidencia a la vez la dignidad y la responsabilidad del cristiano. Cuando el Señor exclama: «Vosotros sois la sal de la tierra», subraya al mismo tiempo que la sal no debe perder su sabor si tiene que ser útil para el hombre. Y cuando afirma: «Vosotros sois la luz del mundo», plantea como consecuencia la necesidad de que esta luz «alumbre a todos los de casa». Y todavía insiste a continuación: «Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos». Es difícil encontrar una metáfora evangélica más adecuada y bella para expresar la dignidad del discípulo de Cristo y su consecuente responsabilidad. El mismo Concilio Vaticano II se ha inspirado en este texto evangélico, al hablar del apostolado de los seglares; es decir, de su misión con la que participan en la vida de la Iglesia y en el servicio a la sociedad».

Efectivamente, aunque la llamada a ser luz y sal se refiere a todos los bautizados, los seglares tenéis un papel fundamental, una misión específica, en cuanto a la presencia en el mundo. Vuestra propia vocación os empuja a ello: sois bautizados, hijos de Dios y miembros de la Iglesia, con la misma dignidad que sacerdotes y religiosos, con el mismo protagonismo evangelizador; pero lo propio vuestro, lo específico, lo que el Señor os encomienda, es estar presentes en medio del mundo, transformar las realidades según Dios.

15. Así nos lo ha transmitido especialmente el Papa Francisco a la Iglesia que peregrina en España en su Mensaje con motivo del Congreso de Laicos –fechado el 14 de febrero de 2020, Fiesta de los santos

Cirilo y Metodio, Patronos de Europa—, en el que manifestó que estos dos grandes santos «impulsaron una gran evangelización en este continente, llevando el mensaje del Evangelio a quienes no lo conocían, haciéndolo comprensible y cercano a las gentes de su tiempo, con un lenguaje y formas nuevas. Con su ingenio y su testimonio, fueron capaces de llevar la luz y la alegría del Evangelio a un mundo complejo y hostil. El fruto fue ver cómo muchos creían y adherían a la fe, formando una comunidad; una porción del Pueblo de Dios comenzó a caminar en esa amplia región del continente, y lo sigue haciendo todavía hoy bajo el amparo de esos dos hermanos evangelizadores. Esto nos enseña (...) que somos (...) Pueblo de Dios en salida vive en una historia concreta, que nadie ha elegido, sino que le viene dada, como una página en blanco donde escribir. Está llamado a dejar atrás sus comodidades y dar el paso hacia el otro, intentando dar razón de la esperanza (cf. 1 P 3,15), no con respuestas prefabricadas, sino encarnadas y contextualizadas para hacer comprensible y asequible la Verdad que como cristianos nos mueve y nos hace felices. Para ello se necesita esa libertad interior capaz de dejarse tocar por la realidad de nuestro tiempo y tener la valentía de salir a su encuentro. El mandato misionero es siempre actual y vuelve a nosotros con la fuerza de siempre, para hacer resonar la voz siempre nueva del Evangelio en este mundo en el que vivimos, particularmente en esta vieja Europa, en la que la Buena Noticia se ve sofocada por tantas voces de muerte y desesperación. La Palabra viva de Dios necesita ser predicada con pasión y alegría a través del testimonio cristiano para poder derrumbar hasta los muros más altos que aíslan y excluyen. Es la hora de ustedes, de hombres y mujeres comprometidos en el mundo de la cultura, de la política, de la industria... que con su modo de vivir sean capaces de llevar la novedad y la alegría del Evangelio allá donde estén. Los animo a que vivan su propia vocación inmersos en el mundo, escuchando, con Dios y con la Iglesia, los latidos de sus contemporáneos, del pueblo (...). Por lo tanto, no tengan miedo de patear las calles, de entrar en cada rincón de la sociedad, de llegar hasta los límites de la ciudad,

ARZOBISPO DE TOLEDO

de tocar las heridas de nuestra gente... esta es la Iglesia de Dios, que se arremanga para salir al encuentro del otro, sin juzgarlo, sin condenarlo, sino tendiéndole la mano, para sostenerlo, animarlo o, simplemente, para acompañarlo en su vida. Que el mandato del Señor resuene siempre en ustedes: «Vayan y prediquen el Evangelio».

16. Ambos mensajes han de estar muy presentes en nuestras mentes y en nuestros corazones. Los tiempos que evocan –la Palestina de Jesús del siglo I o la Europa pagana del siglo IX– no eran menos complejos que los actuales. Una Iglesia naciente, pronto mártir, a la que le era encomendada la tarea de ir y anunciar el Evangelio por todo el mundo, respondió a esa llamada con la comunión y la fraternidad, llamando la atención de los no creyentes por cómo se amaban sus miembros y cómo proyectaban ese amor, cuya fuente estaba en el Señor, entre ellos y a quienes integraban la sociedad de la que formaban parte. Una Iglesia peregrina, misionera, en un contexto de oscurantismo y de superstición, ayudó en continuación con ese mandato evangelizador a forjar una civilización, occidente. Ahora somos nosotros los elegidos para protagonizar el momento actual; estamos llamados a responder a los desafíos que nos presenta el siglo XXI, en un contexto de relativismo, de indiferencia, de tensión entre civilizaciones. El reto es complejo, ciertamente; pero Dios ha pensado precisamente en nosotros para abordarlo, ha querido que seamos nosotros la sal y la luz del mundo actual.

Conocer y aplicar los objetivos concretos de nuestro Plan Pastoral

17. Es verdad que no podemos hacerlo todo, pero juntos sí seremos capaces de afrontar muchos retos y trabajar en comunión para lograrlos. A través de las parroquias, con sus consejos pastorales a la cabeza, de las comunidades de vida consagrada, de los colegios, de los profesores de religión, de los catequistas, de las delegaciones y secretariados, de los movimientos y asociaciones podemos poner en práctica la evangelización por medio de las distintas ini-

ciativas conectadas con el programa anual. Evangelizar es provocar el encuentro con Jesucristo, vivido en la Iglesia y que nos lanza al mundo, para «ser sal de la tierra y luz del mundo». El santo Cura de Ars repetía incansablemente que perderse a Cristo es perderse lo mejor de la vida. Por eso no queremos guardarlo solo para nosotros, sino que, como «Iglesia en salida» que estamos llamados a ser, buscamos llevarlo a todos hasta el último rincón de la tierra.

El Congreso de Laicos, celebrado en febrero de este año, nos ofrece pautas muy valiosas para seguir avanzando en esta tarea apasionante de salir de nosotros mismos para ponernos al servicio de los demás. Ha sido un auténtico acontecimiento sinodal, un fruto del Espíritu, que nos ha abierto nuevos caminos que hemos de recorrer juntos, como Pueblo de Dios en salida. Retomaremos las propuestas planteadas por los congresistas, pues nos ayudarán eficazmente en el cumplimiento de nuestra misión.

Junto con ello, y más en concreto, en el Instrumento para la aplicación del Plan Pastoral, elaborado por la Secretaría de coordinación del Plan Pastoral, se encuentran expresados de una manera clara, precisa y completa los fundamentos del programa anual para este curso. Recomiendo vivamente su lectura con el fin de comprender el sentido de las acciones programadas y tomarlo como referencia para concretar los objetivos y líneas de acción en las distintas realidades diocesanas. Esa es su función y las páginas elaboradas a tal fin no tienen desperdicio.

18. La imagen elegida para ilustrar el programa anual es ciertamente expresiva. Se trata de un Pentecostés maravilloso, obra de Pietro del Po, que podemos contemplar en el camarín de la Virgen del Sagrario, en la Catedral Primada, con María en el centro, acompañada de los apóstoles y de parte de quienes seguían al Señor. Es la imagen del inicio de la Iglesia como Pueblo de Dios en salida. Precisamente el Congreso de Laicos nos ha llamado a caminar «Hacia un renovado Pentecostés». Renovar Pentecostés implica dejar que el Espíritu marque nuestra existencia y nos ilumine en

nuestro camino personal y comunitario; renovar Pentecostés exige salir de los lugares en los que estamos «reunidos» como comunidad para ampliar sus horizontes y mostrar a Jesucristo a quienes no lo conocen, invitándoles a formar parte de ella; renovar Pentecostés nos impele a hacernos presentes en las estructuras sociales, en los nuevos areópagos, para entrar en diálogo con quienes se congregan en ellos, hablando sus lenguajes.

Nos ponemos a tal fin bajo la protección de la Madre de Dios, en la muy querida advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, Reina de la Hispanidad y Patrona de Extremadura, que va a estar muy presente a lo largo de todo este curso pastoral, pues desde el 2 de agosto estamos celebrando el jubileo de Guadalupe, como una concreta llamada a ser peregrinos del Amor de Dios.

II. LECTIO DIVINA DEL EVANGELIO ECLESIAL DE SAN MATEO

19. Os propongo preparar el próximo curso pastoral poniéndonos en clave de discernimiento a la escucha del Señor, que nos habla perennemente a través de su Evangelio. En concreto, vamos a hacer una «lectio divina» del Evangelio de san Mateo, que estamos escuchando durante este año en la lectura continua de los evangelios dominicales del Ciclo A. ¿Qué nos sugiere el texto de san Mateo, el evangelio eclesial, para estos momentos de la vida de nuestra diócesis toledana?

Los cuatro evangelios juntos tienen como objetivo la formación de un cristiano maduro en la fe, sabiendo que hemos de estar unidos a Cristo como «la vid al sarmiento» (cf. Jn 15, 5). La santidad, tal como la desarrolla el Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen Gentium*, consiste en vivir siempre unidos a Cristo, en todas las realidades de nuestra vida (cf. LG 40-41).

Cada evangelista desarrolla una misión, un objetivo espiritual, pastoral, catequético, que tiene como fin formar al cristiano coherente con el Evangelio:

- El evangelio de san Marcos es el evangelio llamado del catecúmeno, de aquél que se preparaba para recibir el Bautismo en la noche de la Vigilia Pascual. Todo en él proyecta el amor personal de Cristo a cada uno de nosotros. Se puede resumir en «me amó y se entregó a la muerte por mí».
- El de san Mateo es el evangelio de la Iglesia, el evangelio eclesial del catequista, el que reúne todos los materiales y doctrina para la vida de comunidad eclesial, lo que tenemos que vivir los bautizados para ser una Iglesia viva; es el Evangelio vivido como la familia de los hijos de Dios. Se sintetiza en «nos amó y se entregó a la Iglesia por nosotros».
- San Lucas es el evangelista de la evangelización de los pobres. Contiene la doctrina que nos lanza a tener un corazón universal y se resume en «me amó y se entregó a la muerte por todos» (Corazón universal de la Redención).
- San Juan es el evangelista de la madurez –algunos le llaman del anciano–, del presbítero, del místico. Todo lo que ha ido desarrollando en sus capítulos a través de los símbolos místicos–agua, luz, sangre, etc.–conduce a presentar a Cristo crucificado de corazón traspasado, contemplado por la Iglesia naciente, y que nos invita a todos a ser «sal de la tierra y luz del mundo». Es sal y luz el cristiano que ha alcanzado la madurez porque ha entrado en la comunión con la Trinidad y al servicio de los sufrientes. Resume todo su evangelio en «miremos al que tiene traspasado el Corazón» (Jn 19, 37).

Con este contexto, profundicemos en algunos aspectos relacionados con nuestro programa anual.

Las claves del Evangelio de san Mateo en nuestro último curso del Plan Pastoral

20. Mateo, desde su propuesta eclesial, llama poderosamente la atención con su programa, que es propio, de su cosecha, con aspectos

que solo él destaca; nos puede ayudar mucho en la aventura de poner en práctica juntos, en comunión, nuestro Plan Pastoral.

El Evangelio según san Mateo es una especie de catecismo del Reino, con unas claves de ruta por donde debe caminar la Iglesia y que a nosotros, sin duda, nos ayuda e ilumina en estos momentos.

Os invito a leerlo en este curso pastoral con estas sencillas claves que os ofrezco: los cinco grandes discursos para ir realizando «lectio divina» en vuestras parroquias, grupos, asociaciones, movimientos, cofradías, delegaciones y secretariados.

21. Es el programa perenne de la Iglesia que en nuestra tierra quiere ser evangelizada para evangelizar siendo «sal y luz».
 1. El sermón de la montaña (capítulos 5, 6 y 7). Las reglas a seguir por todo cristiano.
 2. La misión de la Iglesia (capítulo 10). Ser sal y luz en el mundo.
 3. Doctrina en parábolas (capítulo 13). Un lenguaje que llegue a la gente.
 4. Discurso eclesial (capítulo 18). Cristo sí, Iglesia también.
 5. Discurso escatológico (capítulo 24 y 28). Nuestro peregrinar hacia la vida eterna.

Si tuviéramos que sintetizar lo que Mateo en su evangelio nos presenta a la comunidad eclesial de hoy, diríamos que busca corresponsabilidad, identidad, vida, pertenencia y, sobre todo, coherencia. Si queremos ser «sal de la tierra y luz del mundo», san Mateo nos muestra cómo la conversión cristiana pasa por una profunda comunión y vida eclesial. Derrocha pasión por evangelizar y llevar a la gente a lo más profundo del corazón de Jesucristo.

Nadie puede dar lo que no tiene. No se puede evangelizar sin la comunión de la Iglesia, con su reto pastoral, con todo el pueblo de Dios que camina en estas tierras. Y, como decía san Pablo VI, no se hace la evangelización con evangelizadores tristes: «Ojalá que el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con

esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo»(EN 80).

22. Hay en Mateo, recogidos de su buena noticia, episodios narrados que pueden enriquecernos en nuestro proyecto pastoral, en este curso tan especial, porque dicho proyecto concluye y tiene que dejar como fruto permanente en la Iglesia que camina en la Archidiócesis de Toledo la pasión por Jesucristo, vivido eclesialmente, y el ferviente deseo de ser «sal y luz» en el mundo.

Tenemos que crecer en amor por la Iglesia en comunión con Pedro y en la pasión por evangelizar a los pobres. Hoy Pedro se llama Papa Francisco. Hoy nuestra Iglesia está embarcada en una nueva etapa evangelizadora.

Quizás pueda ayudarnos a la hora de interiorizar esta realidad tener presente tres escenas del evangelio que afectan a Pedro y que, en cierto sentido, nos hablan a cada uno de nosotros, porque conectan con nuestra concreta realidad, con nuestro ser Iglesia:

- a) Pedro que camina sobre las aguas, escena que solo cuenta Mateo (Mt 16,18): nos invita a confiar en el Señor en medio de la turbulencia, unidos y en comunión con Pedro, en el mar embravecido de nuestra existencia.
- b) La confesión de Cesarea de Filipo, el primado de Pedro: nos invita a recobrar nuestra comunión con toda la Iglesia para «edificarla», construirla incluso sobre nuestras debilidades y pecados.
- c) La misión a Pedro de «atar y desatar» nos lanza siempre —y más en estos momentos— a la comunión con la sucesión apostólica, con el Papa, con el Obispo, para que seamos capaces de seguir construyendo con un solo corazón, el de Jesucristo, y con una vocación profunda de servicio; todos juntos, en una Iglesia en

la que no sobra nadie, en una Iglesia que también es para los imperfectos y pecadores, que necesitan del Señor y de Ella.

Tenemos que vivir en estos momentos todo lo que el Evangelio de Mateo nos presenta en el misterio pascual, el poder de Cristo, para vencer estas dificultades y las que vendrán, porque la cruz siempre aparece cuando seguimos a Jesús por los caminos de la vida.

Lectio divina para la oración personal y para compartir en grupo. «Vosotros sois la sal de la tierra»

23. El Señor compara nuestro ser cristiano con la sal, que no es un alimento, sino un condimento que da sabor y preserva de que no se pierda el alimento, conservándolo en buen estado. La sal es humilde. Para dar sabor tiene que perderse y fundirse con los alimentos. Si es sal buena, no tarda en diluirse y desaparecer para dejar su sabor en lo que nos alimenta. Se puede prescindir de ella, pero «el sabor» no será el mismo, pues no tendríamos el ingrediente que hace vivir nuestra plenitud; al mismo tiempo, la falta de «sabor» en la vida, en las relaciones humanas, puede hacernos perder la «chispa de la vida». Una vida y una comida sin sabor no nos saben a nada.

«Mas si la sal se desvirtúa ¿con qué se la salará?»

24. Siempre me ha llamado la atención que los ejemplos que pone Jesús, tomados de la vida cotidiana, sean tan claros y, a pesar de ello, poca gente los capte en su profundidad. Ciertamente, el sentido común, del que alguien dijo que es el menos común de los sentidos, escasea. El Señor nos habla con claridad con la imagen de la sal. Hay otros muchos ejemplos de Jesús en el Evangelio, como el del perfume de Betania (¿para qué sirve el perfume?), o el de los sarmientos unidos a la vid (si no están unidos a la vid, no sirven de nada, solo para ser quemados), que nos hablan nítidamente de la

necesidad de fortalecer nuestro sentido de pertenencia a la Iglesia de la que formamos parte y de la necesidad de anunciar a Jesucristo, como Iglesia, a los demás.

Nuestra misión es dar sabor a la vida, actuar, como la sal, desde la humildad, siendo «fermento en la masa», transformando las relaciones humanas, condimentadas por el amor y la sencillez que es el gran sabor de la vida.

«Ya no sirve nada más que para ser tirada fuera pisoteada por los hombres»

25. Pero si la sal pierde su sabor, pierde su cometido y se desvirtúa ¿para qué sirve? Si el cristiano no cumple su misión de transformar el mundo según el Corazón de Jesús, ¿para qué servimos? No estaríamos cumpliendo con nuestra misión. Seríamos sal sin sabor. Seríamos vida que transmite insipidez. Quizás estemos siendo insípidos como cristianos. Es necesario recuperar nuestra misión en el mundo; como la sal, si no da sabor, ya no sirve para nada más que ser tirada fuera y pisoteada por los hombres.

Probablemente Jesús habría contemplado esta escena en la casa de Nazaret. Quizá María o José, cuando descubrían que la sal –que, por cierto, no cuesta demasiado–, perdía su cometido, la tiraban. ¿Para qué conservar algo que no cumple su misión? Es el mismo ejemplo que el del sarmiento, que cuando ha perdido su unión a la vid, ya no sirve más que para quemarlo. En el fondo, es una imagen práctica de nuestra vida. Perder nuestra comunión con Jesús nos lleva a perdemos el cometido esencial de nuestra existencia. Puede parecer exigente el Señor con nuestra vida, y lo es, pero no es duro de corazón nunca, porque la dureza reflejaría que tiene amor propio, que suele ser la razón de no tener un corazón «manso y humilde» como el suyo. Los duros de corazón no pueden amar como Jesús. Él era exigente, pero no duro, sino rico en misericordia. Exigir es creer en el otro, ser duro es hundir a la persona con nuestro desahogo personal. Jesús nunca fue duro de corazón.

Cuando no cumplimos con nuestra misión, nos ocurre como con la sal: solo sirve para ser pisoteada, por no cumplir su misión. ¿Para qué guardar lo que ya no nos sirve ni nos servirá? Sin embargo, estamos llamados a esa gran tarea que es anunciar a Jesucristo y a transformar el mundo, en diálogo con nuestra cultura actual, para hacer de él un anticipo del Reino de Dios. «Yo soy una misión», señala muy expresivamente el Papa Francisco (EG 272); cada uno de nosotros es una misión. Somos todos responsables y todos necesarios todos en la nueva evangelización.

Jesús nos lanza a cumplir la misión a la que Él nos llama. No nos quedemos en lamentaciones estériles. Menos aún en la tristeza de que todo está mal y no hay nada que hacer. No dejemos que la sal no cumpla su misión de dar sabor a la vida. Hemos sido creados para salar el mundo.

«Vosotros sois la luz del mundo»

26. La luz es otro ejemplo de humildad. Podemos decir que, para que aparezcan los objetos, la luz tiene que desaparecer. Sabemos que existe la luz cuando vemos, pero cuando observamos los objetos, desaparece la luz. La luz sirve para iluminar, pero necesita «ser humilde» para, cumplida su misión, desaparecer, como la sal. En el contexto desde el que Jesús nos habla en el evangelio de Mateo, el evangelio de la Iglesia, de la caridad de la familia, es clave que se compare con los fariseos, que querían ser en todo un espejo en el que todos se mirasen. Es lo que el Papa Francisco llama «la autorreferencialidad», de la que hacían gala los fariseos—y, ciertamente, lo bordaban—, para ser ellos el centro. El problema era que la luz de sus vidas no iluminaba y se perdían en un narcisismo sin coherencia. El Papa Francisco insiste mucho en esta idea de la «autorreferencialidad», tomada de Henri de Lubac, a la que considera el gran pecado de los veintiún siglos del cristianismo. Los «nuevos fariseos» han perjudicado mucho a la Iglesia. ¿Cuántos se han presentado como renovadores, como «los auténticos», como los que bebían

de las fuentes más puras del evangelio y, sin embargo, escondían una falta de coherencia total? ¿Cuántos han vivido una doble vida? ¿Cuántas veces desde la Iglesia en los últimos años hemos tenido que pedir perdón porque muchos de sus hijos más predilectos han vivido engañados y engañándonos en una incoherencia donde solo había barniz y faltaba la profunda humildad de corazón? Sin embargo, en este sentido cada uno de nosotros hemos de hacer examen de conciencia; todos somos pecadores. Lo reconocemos diariamente en la Misa.

«No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte»

27. Es verdad que la misión de la luz es iluminar. La luz, puesta en lo alto, ilumina un espacio mucho más amplio. El ejemplo de la ciudad no puede ser más claro, más sencillo, más gráfico.

Pero mi pregunta en esta lectio divina es: ¿me tengo yo que empeñar en que mi vida ilumine a la gente, al pueblo de Dios, o es verdaderamente el Señor el que hace nuestra vida luminosa desde la humildad del desaparecer?

28. Cuántas veces nos hemos empeñado en «dar testimonio», en que se vea que somos cristianos y nos pasamos la vida queriendo iluminar y deslumbrar, y el fruto que de ello se deriva no es tanto. Nos preocupa más estar en el candelero, en lo alto del monte, que ser humilde luz que ilumina la vida de nuestros hermanos, que simplemente buscan que les digamos cómo «sabe» el Amor de Dios. Por eso, a veces, la gente se fija sólo en nosotros, y cuando deseamos que miren al Señor y a los demás, únicamente se quedan en el instrumento. Es muy humano. Sin embargo, hemos de reconocer que este modo de actuar es mundano y nunca cristiano. Lo que Jesús nos pide no es tanto vivir obsesionados con aparecer y aparentar, con que se nos note y se nos vea. Es verdad que lo que tenemos que vivir y hacer, hay que vivirlo y hacerlo —nos vea o no nos vea la gente—. Pero nuestro objetivo ha de ser llevarlo a

ARZOBISPO DE TOLEDO

cabos, no que otros lo vean. Siempre recuerdo aquella anécdota de san Agustín, comentada en sus escritos. Un día que fue a dar una limosna a un pobre, se dio cuenta de que mucha gente le miraba y él dijo, reflexionando: ni le doy la limosna para que me vean, ni la dejo de dar porque me vean. Es el equilibrio y la sabiduría de los santos, que siempre han buscado desaparecer (como la sal y la luz) y no tener notoriedad para que la gente no se quede en ellos, aunque eran plenamente conscientes de que sus vidas resultaban luminosas para otros. Actuaban así porque sabían que la luz era de Jesús y no de ellos. Tenían que empeñarse en que esa luz llegase a sus hermanos y los iluminase en el camino; porque es Jesús la vida, la luz de mi vida. Mi testimonio no está en aquellos en lo que yo me empeño que salga o quiero que se sepa, sino en lo que Jesús da a conocer de mi vida como luz y sal. Eso es lo que necesita verdaderamente la gente para su salvación, sin «tocar la trompeta» del fariseísmo. Y esta luz y sabor no se transmite sin una profunda humildad del Corazón.

29. Cuando somos nosotros los protagonistas y luchamos para que se note y se vea (como les ocurre a los fariseos), normalmente el efecto es el contrario: que no iluminamos nada de la vida de la gente. Incluso te llegan a decir: «eso es admirable, pero para mí ni me ayuda ni me sirve. Yo no puedo con tanto». Y sucede entonces lo que dice el Concilio Vaticano II en la Constitución *Gaudium et Spes*: una de las causas por la que muchos se alejan del Señor es porque, con nuestra vida, más que revelar el rostro («ser luz»), los desvelamos con nuestros destellos autorreferenciales (cf. GS 19). Es decir, no presentamos el verdadero rostro de lo que es un cristiano coherente. Al mismo tiempo, tampoco se enciende una lámpara y se pone debajo del celmín sino sobre el candelero; por ello, hemos de preguntarnos: ¿cuál sería el objetivo en nuestra vida de ser luz para un mundo a oscuras? ¿Qué luz puede salir de nuestra vida si la escondemos debajo de la cama? ¿Puede ser luz lo que se esconde? ¿No consiste acaso el testimonio cristiano en

que contemos una y otra vez lo que vivimos y somos, para que la gente se acerque a la fe y se convierta?

30. Lo que cambia el corazón humano no es lo que nosotros nos empeñamos en iluminar con nuestra vida, sino la gracia del Señor, que se sirve siempre de «signos pobres» y de la humildad de quien vive «como a lo tonto» su vida cristiana, sin más pretensión que hacer vida lo que Dios le pide y siendo siempre consciente de sus incoherencias y pecados. En definitiva, la luz de mi vida no es lo que yo me empeño en que salga –que quizás no es lo que más se necesita y ayuda en estos momentos–, sino lo que el Señor quiere que salga, que saldrá cuando Él lo crea oportuno. Recordad a santa Teresa del Niño Jesús, cómo su testimonio salió a la luz cuando el Señor quiso a través de su Iglesia. No creo más que en la santidad de los humildes. Siempre sospecho de los que veo demasiado empeñados y protagonistas en querer «dar su testimonio», que puede ser magnífico para lo que el Señor le pide a él, pero que no significa que todos tengan que vivirlo igual. Dios no hace santos clonados, sino que configura nuestra santidad personal con la artesanía de su amor personal y único, de llamada y respuesta.
31. ¿Qué ocurre con esto? Muchas veces las personas viven imitando lo que a ellas no se les pide y acaban enfermando seriamente, quedando dañada su salud de cuerpo y alma. Recordemos que la santidad de san Ignacio de Loyola comienza cuando deja de imitar lo que hacen otros y se centra en lo que le pide Jesucristo a él... Aquí comienza Ignacio el camino serio de santidad.
32. Decía san Juan de la Cruz: «No mires a nadie, que te turbarás». Cada uno puede y debe ser ayudado para dar un testimonio personal de santidad, poniendo los ojos en Jesús y cumpliendo su voluntad. No hemos de ponerlos ojos en nosotros, que al final siempre somos decepcionantes. Contemplar al Señor con los ojos misericordiosos de la Virgen María es lo que Jesús nos pide a cada uno de nosotros,

para ser fieles a su proyecto de Amor. Hemos de vivir como lo que somos: «únicos e irrepetibles». Sólo así alumbraremos a todos los que están en la casa común que es el mundo.

Siempre he afirmado que la mejor manera de que los «alejados» de la Iglesia vuelvan al redil, además de salir a buscarlos, es que los que estamos en ese redil, los «acercados», seamos inmensamente felices con el Señor. ¿Cómo poder evangelizar cuando estamos llenos de tristezas y resentimientos? El Papa Francisco cita mucho la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, cuando dice que no habrá evangelización fecunda hasta que los cristianos no vivamos la alegría y recuperemos el gozo de ser cristianos (cf. EN 80). Si iluminamos a los de casa, la luz llegará fuera, para todos los que vivimos «en la casa del Señor». Ciertamente, sería un error entender nuestra fe como felicidad personal únicamente. Esa fe, la felicidad que nos genera, es el acicate que nos impulsa a salir de nuestros rediles para encontrarnos, en nombre de nuestro Pastor, a otros hermanos, hombres y mujeres, que están en proceso de búsqueda de esa misma felicidad. No podemos olvidarlo: somos Iglesia en salida, somos comunidad abierta al mundo.

**«Brille así vuestra luz delante de los hombres
para que vean vuestras buenas obras
y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos»**

33. Al final se hace la luz. Ser luz y ser sales para que otros glorifiquen a nuestro Padre. Que no se queden en nosotros. Que, como el cristal, dejemos pasar la luz de Cristo. No seamos opacos. Eso sería señal de que no ha penetrado la luz de Jesús. Recuerdo aquella anécdota de una catequista en un pueblo que preguntaba a los niños «qué es un santo». Los niños se miraban asombrados sin saber qué responder. El más vivaracho de todos dio la mejor definición de santidad que yo he oído en mi vida: «Es aquel que deja pasar la luz de Dios por su vida». Aquel niño había contemplado cómo en los templos

y capillas había vidrieras y en ellas estaban dibujados imágenes de santos que dejaban pasar la luz. Y como suele ocurrir con los niños, dio la mejor explicación. Un santo es el que deja traspasar la luz del Señor en un mundo que muere de frío y agoniza, en el que cada uno de nosotros puede ser y debe ser sencillamente «sal y luz».

34. Para ser sal y luz, sin embargo, hemos de conocer y comprender el mundo en el que vivimos, transformado radicalmente en algunas de sus manifestaciones por la pandemia. No somos de este mundo, pero vivimos en el mundo y estamos llamados a hacernos presentes en él. No podemos evangelizar desde nuestras sacristías. Hemos de salir, estar junto a los hombres y mujeres, particularmente junto a los que más sufren, para escucharlos, para intentar comprenderlos, para ofrecerles el tesoro de la fe que portamos en nuestras vasijas de barro.

IV. CUATRO PUNTOS CONCRETOS PARA PONER EL ACENTO EN ESTE CURSO

35. Al iniciar este nuevo curso pastoral, y ante el drama del coronavirus, podemos preguntarnos: ¿Qué viene ahora? ¿Qué tenemos que hacer? Me gustaría centrar la atención en cuatro aspectos muy concretos, pero que considero fundamentales en el momento actual.

Evangelizar con corazón a los más pobres

36. Partimos de la realidad de lo que el Papa Francisco ha llamado no una época de cambios, sino un cambio de época. Es como si la pandemia mundial del coronavirus hubiese metido a toda la humanidad en una especie de laboratorio, del que no saldremos igual. Debemos vivir todo esto desde la fe, debemos vivirlo desde Dios, desde la compasión. Hemos de seguir potenciando la evangelización, que convierte el día después de la crisis del coronavirus no sólo en una nueva oportunidad de evangelización, sino también en una evan-

ARZOBISPO DE TOLEDO

gelización nueva. Así nos lo presenta el Papa Francisco: estamos ante una etapa evangelizadora nueva, donde, desde la fidelidad al Evangelio y al Magisterio de la Iglesia, debemos construir aquella máxima pastoral tan sencilla y sabía que se atribuye a muchos santos (en concreto al mártir san Pedro Poveda): «entrar con la suya, para salirnos con la nuestra». Evangelizar desde los sentimientos del Corazón de Cristo. No se puede evangelizar al margen del sufrimiento de nuestra gente. Evangelicemos desde la enfermedad, el paro, la soledad, la depresión. Una crisis sin precedentes en la historia reciente de la humanidad nos invita a poner todas nuestras fuerzas y creatividades al servicio de los pobres, de los más pobres de los pobres y de los que necesitan ser ayudados en su fe. Es mucho lo que nos jugamos en estos momentos históricos para Toledo y para España y la humanidad. Todas las parroquias, con sus respectivas Cáritas, Cáritas Diocesana, Manos Unidas, la vida consagrada –tan rica en nuestra diócesis–, en definitiva, las múltiples presencias que proyecta la labor caritativa de la Iglesia (colegios, residencias, instituciones que trabajan con los necesitados, sanidad, cofradías) han de redoblar esfuerzos a tal fin. Todas estas iniciativas cristianas han surgido en el seno de la Iglesia para poner en práctica las obras de misericordia. A raíz de la crisis en la que estamos inmersos, las personas que integran las instituciones eclesiales nos debemos cuestionar qué estamos haciendo y pasar a un trabajo coordinado entre todos, junto a otras realidades sociales, para que el momento que nos toca vivir sea un evangelizar con caridad, un anunciar el Evangelio como «buena noticia para los que sufren».

En concreto, deseo hacer hincapié en varias propuestas que pueden ayudar a salir de la crisis generalizada. Por una parte, el proyecto «Cor Iesu», promovido por Cáritas Diocesana, para apoyar la creación de economatos por toda la geografía diocesana, a través de los cuales poder servir a los que lo están pasando mal, proporcionándoles los alimentos necesarios mediante una atención personalizada y un trato acorde con la dignidad y respeto que merecen los pobres. Por otra parte, mi deseo es que se establezca

en cada parroquia un sistema mediante el que se pueda ayudar a las familias en paro, en el contexto del proyecto «tabgha», que va a intentar dotar de un sentido más profundamente evangelizador a los voluntarios de nuestras Cáritas, para que puedan anunciar el Evangelio con nuevos métodos.

El Año Jubilar de Guadalupe

37. Tenemos en nuestra Archidiócesis de Toledo el monasterio y santuario de la Virgen de Guadalupe, sin duda alguna, centro espiritual de referencia para todos nosotros. Al coincidir este año la fiesta litúrgica de Santa María de Guadalupe (6 de septiembre) en domingo, el 2 de agosto abrí la puerta santa del santuario de Guadalupe, dando inicio a un año jubilar, que ha sido concedido por la Sede Apostólica tras la petición realizada por el anterior Arzobispo don Braulio, a quien siempre recordamos con agradecimiento. Esta gracia puede ser una oportunidad evangelizadora y misionera única, en estos momentos de crisis, para implorar fortaleza en la fe y esperanza para el futuro a la patrona de Extremadura, Reina de la Hispanidad y Madre nuestra. Ella ha sido siempre un río de luz y paz para los que buscan a Cristo, el camino de la Vida verdadera.

Precisamente el 4 de noviembre de 1982, fiesta de san Carlos Borromeo, el Papa san Juan Pablo II, del que estamos celebrando el centenario de su nacimiento como antes he recordado, visitó Guadalupe. Desde allí, acompañado del Cardenal don Marcelo, nos instaba a todos a no olvidarnos del deber de evangelizar, a tener el corazón abierto y grande. En estos momentos de tantas heridas que está abriendo la crisis sanitaria, el paro, la España vaciada, el drama de la emigración, la falta de acogida a los que vienen de fuera sin papeles, a veces rechazados por su condición, no faltan oportunidades para ejercer la Caridad, con mayúsculas, acompañando y asistiendo, anunciando el amor de Jesucristo por cada uno de nosotros. No podemos olvidar que los que sufren son los

ARZOBISPO DE TOLEDO

preferidos de la Madre de Dios. Precisamente allí, en Guadalupe, el Papa santo hizo un llamamiento a la ayuda de los inmigrantes tan necesitados de todo, los más pobres de los pobres.

Ya están trabajando muy a fondo la Comisión Diocesana y la Comisión Interdiocesana creadas al efecto, unidas al Guardián y su comunidad franciscana de Guadalupe, para que este Jubileo guadalupense, que terminará en septiembre de 2021, sea una ayuda para todos, para que seamos con María «la alegría de mis alegrías» (Serafín de Sarov) y sigamos sembrando la realidad que vivimos con la fe, la esperanza y la caridad, para que miremos la vida con los ojos de María «vida, dulzura y esperanza nuestra». El lema de este jubileo «desde entonces el discípulo le recibió en su casa» nos ayudará a nuestra misión evangelizadora.

Escuela Diocesana de Oración

38. La pandemia nos ha hecho caer en la cuenta de la importancia de la oración. Uno de los objetivos fundamentales de este año es potenciar nuestra unión con Dios a través de la oración. Desde mi experiencia de tantos años en distintas diócesis, estoy convencido de que necesitamos maestros de oración, hombres y mujeres que nos digan cómo «sabe» el Amor de Dios. Un pueblo que ora, una comunidad parroquial orante, unos cristianos que descubren que hay que orar todos los días para vivir, una diócesis orante, serán indudablemente un pueblo, una comunidad parroquial, unos cristianos, una diócesis con esperanza y alegría y con fuerza para evangelizar. Cuando dejamos de orar, Dios acaba siendo nadie. Sin oración, decía san Juan Pablo II, somos cristianos en alto riesgo (cf. NMI 34).

Partiendo de lo que hemos vivido en este tiempo largo desconfinamiento, donde todos hemos puesto en práctica nuestra creatividad y hemos ofrecido nuestras mejores iniciativas al servicio de la evangelización, os propongo, ante este nuevo curso pastoral, que motivemos el diálogo con el Señor, desde nuestras comunidades parroquiales, de vida consagrada, de movimientos, grupos, cofra-

días, asociaciones, delegaciones y secretariados. Como también decía san Juan Pablo II, «nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas ‘escuelas de oración’, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el ‘arrebato del corazón’. Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios» (NMI 33).

39. En este sentido, propongo para toda la Archidiócesis de Toledo la fundación de la Escuela Diocesana de Oración, desde la que, a través de la Palabra de Dios y del catecismo de la Iglesia Católica (que en su cuarta parte desarrolla, como hasta ahora no lo hizo nunca el Magisterio de la Iglesia, la vida de oración) poder ofrecer un medio eficaz para aprender a orar y profundizar en nuestra relación con Dios. Con carácter semanal, tendré la dicha de poder compartir con vosotros y cuantos quieran unirse una catequesis sobre la oración dirigida a todo el pueblo de Dios, a través del Canal Diocesano de Televisión y Radio Santa María de Toledo. Se trata de una iniciativa abierta a todos cuantos deseen sumarse (parroquias, vida consagrada, movimientos, grupos de oración, profesores de religión, catequistas...).

La importancia de la formación

40. Evangelización, caridad, oración y celebración son aspectos fundamentales en la vida de fe. Pero esa vida estaría incompleta sin un medio fundamental para profundizar en el conocimiento de sus contenidos y poder dar razones de nuestra esperanza a los demás: la formación.

Es una bendición contar en nuestra Diócesis con un centro de formación cualificado como es el Instituto Superior de Ciencias Religiosas «Santa María de Toledo», en el que poder cursar el Ba-

chillerato y la Licenciatura en Ciencias Religiosas. A través del mismo, en colaboración con diferentes Delegaciones y Secretariados y al hilo del programa anual del Plan Pastoral, se ha ido ofreciendo en estos años un curso de formación complementaria especialmente dirigido a seglares a través del cual tratar aspectos específicos que nos interpelan como creyentes en medio del mundo. Este año, bajo el sugerente título «Construyendo puentes. Conversaciones en los nuevos areópagos», tendremos la oportunidad de reflexionar sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, el diálogo sobre los fundamentos prepolíticos de nuestro tiempo, el binomio libertad y verdad en el ámbito de la comunicación, las relaciones entre ciencia y fe y sobre tres retos de mucha actualidad: los modelos económicos de reconstrucción en este tiempo de crisis, el desafío antropológico del transhumanismo y el compromiso con la ecología y la sostenibilidad.

A MODO DE CONCLUSIÓN

41. He tratado de ofrecer algunas pautas sobre el último programa anual de nuestro Plan Pastoral con el fin de ayudar a comprender lo que buscamos con él. No es el Plan Pastoral del Obispo, tampoco de la curia. Es el Plan Pastoral del Pueblo de Dios que peregrina en la Archidiócesis de Toledo y desea, en consonancia con la voluntad del Santo Padre, salir al encuentro de los hombres y mujeres de hoy para escucharlos, dialogar con ellos y anunciarles a Jesucristo. Para ello es fundamental cuidar nuestra vida interior, comprometernos seriamente con la llamada a la santidad que Dios nos hace a cada uno de nosotros, profundizar en nuestra relación con Él. Esa oración será la que nos dé la fuerza para, como san Pablo, hacernos presentes en los nuevos areópagos.

Vamos a empezar un nuevo curso pastoral ciertamente lleno de incógnitas y retos, pero también pleno en oportunidades evangelizadoras y pastorales. El Concilio Vaticano II nos lanza a todos, sacerdotes, vida consagrada, laicos, familias, a vivir la corresponsabilidad, entre todos y cada uno. Con la ayuda del Señor, lo conseguiremos.

**ORACIÓN PARA PEDIR SER «SAL Y LUZ»
EN NUESTRA TIERRA**

Padre de Misericordias infinitas,
gracias por darnos a Jesús,
Hijo Amado del Padre.

Danos los dones y frutos del Espíritu Santo,
para saborear el Amor de Jesús,
para evangelizar a los pobres,
para dialogar con un mundo siempre en crisis,
para ser «sal y luz»
en medio de una humanidad,
que languidece de tristeza
porque le faltas tú, Señor,
la verdadera fiesta de la Vida.

Madre de Dios,
ruega por nosotros pecadores,
ahora y siempre. Amén.

Toledo, 15 de agosto de 2020
Fiesta de la Asunción de María

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

